



CRECED

www.creced.ch

noviembre/diciembre 2020

Índice n° 6/2020

2	Principios esenciales de la vida cristiana	<i>R.K. Campbell</i>
8	Las bodas del Cordero	<i>E.A. Bremicker</i>
12	Una roca espiritual	<i>F. Koechlin</i>
13	El don del Espíritu	<i>A. Ladrierre</i>
17	Debilidades y tentaciones	<i>H. Smith</i>

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Principios esenciales de la vida cristiana

(Viene de la página 6 del n° 5.2020)

7. Sirviendo al Señor

Cuando el Señor llamó a Simón y a Andrés, dijo: “Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres” (Marcos 1:17). Así vemos que el Señor los había llamado para convertirse en obreros suyos y a pescar almas de hombres. Servir al Señor, ser sus “pescadores”, debía ser su oficio en adelante.

Justo antes de que el Señor fuera a la cruz, dijo a sus discípulos: El Hijo del hombre “es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a **cada uno** su **obra**, y al portero mandó que velase” (Marcos 13:34). Con esto, el Señor señaló que volvería al cielo y dejaría sus intereses aquí en manos de los suyos. Él espera que cada uno de sus siervos estén ocupados con su propio trabajo para su Maestro, mientras esperan su regreso.

Después de que Cristo resucitó de los muertos, dijo a los discípulos: “Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Juan 20:21), e “id por todo el mundo y

predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15). Estuvo aquí trabajando en el mundo como el siervo de Dios, desde la mañana hasta la noche atendiendo a los hombres necesitados. El Padre le había enviado “no... para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45). Y como el Padre lo había enviado al mundo, ahora él enviaría a los suyos al mundo para servirlo a él y a los hombres necesitados.

De estas Escrituras podemos deducir que servir al Señor es un aspecto esencial y vital en la vida cristiana, (aspecto) al que cada creyente está llamado de una u otra manera. Vivir para el Señor y servirle debe ser la principal ocupación y la vocación del cristiano. No somos salvos simplemente para estar seguros que entraremos en el cielo y estaremos en paz aquí abajo. El Señor nos ha salvado y nos dejó aquí en este mundo para estar ocupados y trabajar para él, para ser sus testigos, luminas y representantes en esta escena donde fue expulsado y crucificado.

Nuestro Salvador quiere que seamos como sus propias manos, pies, corazón y labios en este mundo. Desea que llevemos sus mensajes y realicemos su comisión, con el propósito de hacer el bien como él lo hizo cuando estuvo aquí abajo. Quiere que su amor

fluya hacia la pobre humanidad que sufre, a través de nuestros corazones; quiere hablar a hombres, mujeres y niños por medio de nuestras vidas y nuestros labios. ¡Qué privilegio es este! Ni siquiera a los arcángeles se les confía el servicio que se nos concede a nosotros por maravillosa gracia. Que podamos apreciar tal oportunidad y privilegio, y seamos hallados sirviendo al Señor quien nos compró con su sangre preciosa. Que nos demos cuenta de que no somos nuestros, sino que estamos llamados a glorificar a Dios en nuestro cuerpo (1 Corintios 6:19-20).

De los nuevos convertidos en Tesalónica, la Palabra dice que “se convirtieron de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo” (1 Tesalonicenses 1:9-10). Una de las tres grandes cosas que los caracterizó fue “el trabajo de su amor” para el Señor, sirviendo al Dios vivo y verdadero por quien también habían dejado atrás a sus ídolos. Que esto nos caracterice a nosotros también hoy, quienes nos hemos “convertido de los ídolos a Dios”, y que sea una realidad en cada lector de estas líneas.

¿Qué debo hacer?

Algunas veces los creyentes formulan la pregunta: «¿Qué puedo

hacer para el Señor?» y sin embargo añaden que no tienen mucha habilidad, ni tiempo, ni dinero con los que puedan servir al Señor. A fin de ser de alguna ayuda en este tema, primero es bueno preguntar al Señor qué servicio podemos hacer para él. Cuando Saulo de Tarso fue detenido por Cristo en el camino a Damasco y se encontró cara a cara con Jesús, a quien perseguía, dijo de inmediato: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9:6). Esta es una buena pregunta que cada creyente debería presentar al Señor individualmente. El Señor respondió a Saulo con instrucciones explícitas que lo llevaron a una plena liberación y salvación en Cristo y al conocimiento del servicio particular que le asignó su nuevo Señor. Luego leemos que “en seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios” (v. 20). De inmediato se encontró ocupado por su Señor y testificando de Él.

En cuanto a lo que uno puede hacer por el Señor, es útil leer Colosenses 3:23-24, un pasaje que fue escrito probablemente para aquellos que eran siervos del más bajo nivel, quizás esclavos: “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres... porque a Cristo el Señor servís”. Por tanto, aprendemos que podemos hacer nuestro trabajo cotidiano cualquiera que sea como

para el Señor, y de este modo servirle. Entonces, sea lo que sea aquello que hagamos, debemos hacerlo de corazón como para el Señor y glorificarlo en ello. “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas” (Eclesiastés 9:10), es otra palabra útil y alentadora para guiarnos en el servicio al Señor. De María, el Señor dijo: “Esta ha hecho lo que podía” (Marcos 14:8). Esto es todo lo que espera de cada uno de nosotros. Si tenemos un corazón dispuesto a servir al Señor y deseoso de hacer lo que él nos ordene, sin importar que sea pequeño o común, pronto encontraremos lo que podemos hacer para Él y las almas preciosas.

Cuando Moisés puso excusas para no hacer lo que el Señor le dijo que hiciera, Dios le dijo: “¿Qué es eso que tienes en tu mano?” (Éxodo 4:2). Tenía una vara y fue un objeto que Dios usó con gran poder. Es así como el Señor usará aquello que tengamos a la mano, por muy poco que sea, no obstante, debemos entregarlo a él y él lo bendecirá y nos dará aún más a medida que lo usemos para él.

Hay una multitud de diversas cosas que se pueden hacer para servir al Señor. Cada creyente puede hacer algo por su Señor, algo por lo cual está especialmente preparado como miembro del

cuerpo de Cristo. Al estar en comunión con el Señor, le mostrará el trabajo que quiere confiarle y le fortalecerá para ello, le usará para su gloria y para bendecir a las almas preciosas.

Lo importante en el servicio al Señor no es en sí **lo que estamos haciendo**, sino más bien **hacer lo que nos pide para él**, y no para el hombre o para alabanza propia.

Recompensas

En su gracia, para alentarnos en medio de las pruebas y los sufrimientos que acompañan el servicio para el Señor, él promete recompensarnos por todo lo que hacemos para él. Incluso un vaso de agua dado en su nombre recibe recompensa (Marcos 9:41), también varias coronas para los que le sirven aquí (véase 1 Tesalonicenses 2:19; 2 Timoteo 4:7-8; 1 Pedro 5:4; Apocalipsis 2:10). Una de las últimas promesas del Señor es: “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apocalipsis 22:12).

El siervo fiel será asociado con él en su reinado cuando venga para reinar. Esto lo vemos en Mateo 25:21: “Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor”. ¡Precioso estímulo en verdad! Que podamos

ser motivados a prestar un servicio más fiel y diligente para nuestro digno Señor y Salvador en el poco tiempo que queda antes de su venida, y así manifestar en nuestras vidas este aspecto esencial y vital de la vida cristiana.

8. “Aguardando la esperanza bienaventurada”

La esperanza bienaventurada del cristiano se expresa en muchos pasajes del Nuevo Testamento. Los versículos en Tito 2:13 y 14 nos dicen: “Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros”. En 1 Timoteo 1:1, el Señor Jesucristo mismo es la esperanza del creyente. Justo antes de que el Señor fuera a la cruz, dijo a sus discípulos: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:2-3). Su venida otra vez para tomar a sí mismo a los suyos, la verdadera Iglesia, la cual es su novia, y llevarla a la casa del Padre en lo alto, es la esperanza bienaventurada del

cristiano. Aguardar “la esperanza bienaventurada” es un elemento esencial de la vida cristiana y una parte que debe caracterizar a cada creyente verdadero.

Los cristianos en Tesalónica manifestaban tres características que el apóstol Pablo enumera en la epístola que les dirige. Escribió: “Acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo”. Luego menciona de “cómo os convertisteis de los ídolos a Dios”, lo cual indica lo que fue la obra de su fe; “para servir al Dios vivo y verdadero”, que señala el trabajo de su amor, y “esperar de los cielos a su Hijo”, con que expresa su constancia en la esperanza (1 Tesalonicenses 1:3, 9-10). Aquí tenemos un conjunto maravilloso compuesto por la fe, el amor y la esperanza, elementos que están unidos entre sí en 1 Corintios 13:13, y en otras partes de las Escrituras.

Deseamos ocuparnos en este capítulo de esta tercera característica, **la esperanza**. Esta esperanza que tenían los cristianos de Tesalónica se expresó en su espera práctica de la venida de Jesús, el Hijo de Dios desde el cielo. El tema de la segunda venida del Señor Jesucristo se destaca en las dos epístolas de Pablo a la iglesia

de Tesalónica. En cada capítulo de ambas epístolas se hace mención de esta, lo que muestra el lugar tan prominente que tenía esta esperanza bienaventurada en el corazón del apóstol, y asimismo el lugar que debería tener también en los afectos de cada cristiano.

Viniendo por sus santos y con sus santos

Un estudio cuidadoso de los varios pasajes que hablan de la segunda venida de Cristo, revelará que su venida será en dos partes. Primero, vendrá **por** su novia, la verdadera Iglesia compuesta por los verdaderos creyentes lavados por su sangre, para tomarlos a la casa de su Padre. Luego, vendrá **con** todos sus santos a la tierra y reinará como Rey de reyes y Señor de señores. La Escritura anteriormente citada en Juan 14 sin duda alguna habla de la venida de Cristo con el propósito de tomar a sí mismo los suyos, para que puedan estar con él en el lugar preparado en la casa del Padre.

1 Tesalonicenses 4:14-17 también establece claramente la venida del Señor **por** sus santos como un evento separado de su venida **con** los suyos a la tierra para reinar. “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en

Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”. Aquí leemos que los muertos en Cristo serán resucitados, y que juntamente con los vivos que habrán creído en la muerte y resurrección de Jesús serán arrebatados para recibir al Señor en el aire y estar para siempre con Él. Este pasaje de las Escrituras presenta al Señor viniendo por sus santos, los creyentes del Antiguo y Nuevo Testamento, y como el Esposo que viene por su esposa. Mateo 25:1-10 también presenta este aspecto de su venida y entrada con las vírgenes prudentes que estaban preparadas para salir a recibirle.

La aparición del Señor, o su manifestación como Hijo del hombre con poder y gran gloria, y su venida a la tierra en juicio **con** sus santos se establece definitivamente en las siguientes Escrituras: Mateo 24:30; 25:31-46; 1 Tesalonicenses 3:13; 5:2-3; 2 Tesalonicenses 1:7-10; 2:8; 1 Timoteo 6:14-15; Apocalipsis 1:7; 19:11-21 y otros pasajes. Mezclar estas Escrituras con los textos que hemos dado anteriormente en referencia a la venida del Señor por sus santos, y designarlos a todos como si describieran el mismo evento, crea una

gran confusión y resulta de una lectura equivocada de cosas que son claramente distintas. El Señor le dijo una vez a cierto intérprete de la ley: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?” (Lucas 10:26).

La Biblia no enseña un único e indivisible retorno de Cristo al final del período de la tribulación, lo cual algunos están enseñando y por lo cual siguen contendiendo hoy. Estamos persuadidos de que las Escrituras enseñan la venida de Cristo por su Iglesia antes del período de tribulación que comienza en Apocalipsis 6, el arrebatamiento secreto de los santos primero, y luego su venida a la tierra con poder y gran gloria con sus santos al final de la gran tribulación como se puede ver en Apocalipsis 19.

Los afectos de la Esposa

Hemos declarado que el Señor vendrá por su esposa, la verdadera Iglesia. Deseamos ampliar esta relación de esposo y esposa y ver cómo se hace hincapié en nuestro tema “aguardando la esperanza bienaventurada” de la venida del Señor como algo esencial en la vida cristiana. En primer lugar, podemos afirmar que Efesios 5:23-32 nos presenta claramente a Cristo y su Iglesia en la relación bendecida y más íntima de marido y mujer. En Apocalipsis 19:7-9 leemos

acerca de las bodas del Cordero en el cielo y en el capítulo 21 tenemos una descripción de la novia como la esposa del Cordero, “dispuesta como una esposa ataviada para su marido” (v. 2). Por lo tanto, la relación terrenal más alta e íntima se usa como sombra del vínculo que existe entre el corazón de Cristo y el cristiano. El Cantar de los cantares describe en figura esta relación tan profunda.

El apóstol Pablo escribió a los corintios que él los había desposado o comprometido con un solo esposo, para presentarlos “como una virgen pura a Cristo” (2 Corintios 11:2). Por lo tanto, cada cristiano verdadero está comprometido con Cristo y debe manifestar afectos y anhelos por él, así como el corazón de cada joven comprometida se manifiesta en deseos afectuosos por su amado. Su corazón no está satisfecho con la maravillosa comunicación y dones de su amor, o con sus visitas, sino que espera con interés el día de la unión o el matrimonio, momento en el que ella lo tendrá y estará con él para toda la vida. Si esto es cierto en la esfera terrenal del amor, ¡cuánto más debería ser una realidad para nosotros que hemos aceptado el amor celestial y divino del mayor Amor de todos, nuestro Señor Jesucristo!

La naturaleza divina dentro del creyente desea cariñosamente

al Señor mismo, y anhela su pronta venida a tomarnos a sí mismo para que podamos estar siempre con Él en la gloria. El Espíritu de Dios que mora en nosotros siempre busca desarrollar estos afectos y anhelos de una novia para su Amado. “El Espíritu y la Esposa dicen: Ven” y la respuesta a la promesa del Señor: “Ciertamente vengo en breve” debería ser “sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:17, 20).

Esperando y velando

En Lucas 12:35-37 tenemos las palabras del Señor mismo en cuanto a la actitud que él desea que tengamos en nuestro corazón con relación a su venida. “Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando”. Desea que nuestros lomos estén ceñidos en preparación para el servicio para Sí mismo, nuestras lámparas brillando ardientemente en testimonio para él, y nuestros corazones realmente esperando y velando por su regreso en sincera y afectuosa expectativa de su venida por nosotros. Se alegrará su cora-

zón al encontrar a sus seres amados así, buscándole y deseándole en su venida. Mientras esperamos y anhelamos que venga nuestro Esposo, debemos estar trabajando y testificando para él. Las dos cosas van unidas. “Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así” (v. 43).

Que seamos caracterizados por este aspecto tan esencial y vital de la vida cristiana, el de “aguardar la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 3:13), y a la vez, manifestar todos los demás aspectos esenciales de la fe cristiana que han sido tratados en estos estudios.

R. K. Campbell

Las bodas del Cordero

Apocalipsis 19:6-9

Nuestra relación colectiva con Cristo es presentada en el Nuevo Testamento como la unión divina de la esposa con el esposo. Cristo está ahora en el cielo, y los creyentes del tiempo de la gracia todavía

están en la tierra. Constituyen Su Iglesia. Ahora están desposados “con un solo esposo” para ser un día “presentados como una virgen pura a Cristo” (2 Corintios 11:2). Pronto, Cristo nos introducirá en la gloria para estar eternamente con Él. Entonces, se presentará “a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5:27). Será el día de las bodas, la unión celestial del esposo y la esposa —las “bodas del Cordero”.

Este evento se describe en el lenguaje simbólico del Apocalipsis. Una voz fuerte retumbó: “¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!” (v. 6). Apenas han cesado los gritos de alegría que aclamaron el justo juicio de Dios sobre “la gran Babilonia”, la falsa esposa, surgen nuevos gritos de alegría. Ahora el camino es libre para el establecimiento del reino de Dios; el Señor Jesús entra en la gloria del Milenio. “Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado” (v. 7).

Las bodas se celebran. Al banquete de las bodas asisten el esposo, la esposa y los invitados. La esposa está adornada con su vestido nupcial, cuya pureza inmaculada es un honor para ella. El gozo es general.

Este banquete expresa la comunión. Es primero la comunión del esposo con su esposa, del Señor con nosotros. Será una parte común por la eternidad. Pero también es para los invitados. Hay una bendición común para los creyentes de todos los tiempos, que sin embargo no puede ser comparada con la comunión del esposo y de la esposa.

Antes que tengan lugar estas bodas, el Señor Jesús vendrá primero a tomar a todos los suyos. Este maravilloso evento representa la esperanza cristiana propiamente dicha. No esperamos que ocurran de antemano ciertos eventos en la tierra, sino más bien esperamos la venida del Señor para llevarnos a Él. Dijo: “Vengo pronto”. Nada impide que este evento tenga lugar hoy.

No obstante, las bodas no pueden tener lugar inmediatamente después del rapto de los creyentes. Primero deben ocurrir dos eventos, uno en la tierra y otro en el cielo. En la tierra, la falsa iglesia debe ser apartada y juzgada. En el cielo, los creyentes deben “comparecer ante el tribunal de Cristo” (2 Corintios 5:10). Aprenderemos entonces cuántas cosas han sucedido en nuestras vidas por las cuales el Señor Jesús tuvo que sufrir el castigo de Dios en la cruz. Pero también descubriremos lo que la gracia ha podido operar

en nosotros. Y el juicio que haremos sobre nuestra vida estará en perfecto acuerdo con el del Señor. Así, podemos entender por qué dice: “su esposa se ha preparado” (v. 7). Solo a partir de este momento las bodas pueden tener lugar.

Estas bodas son llamadas “las bodas del Cordero” y el banquete es “el banquete de las bodas del Cordero”. Por supuesto, también son las bodas de la esposa. Sin embargo, no somos nosotros quienes estamos en primer plano, sino el Señor en su carácter de Cordero.

Vale la pena seguir la historia del “Cordero” en la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. El Antiguo Testamento habla de ello de una manera muy expresiva, y el Nuevo Testamento presenta la manifestación del “Cordero de Dios” en la tierra, así como los resultados de su obra. Durante la eternidad, jamás olvidaremos que el Señor Jesús fue voluntariamente a la muerte, en entera devoción. Él es “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). En la cruz, dio pruebas de su amor. Él “nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros” (Efesios 5:2). Pero también “amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (v. 25). Esta Iglesia —el conjunto de todos los creyentes del tiempo de la gracia— será unida a Él como

su esposa en el cielo, en la felicidad eterna.

La esposa está vestida con una vestimenta a la vez sobria y suntuosa: “A ella se le ha concedido que se vista de lino fino...” (v. 8). Contrasta con la esposa falsa del capítulo anterior que “se ha glorificado” (18:7) y que, en la exhibición de su lujo, también usó el lino fino (18:12). El lino fino del cual está vestida la esposa de Cristo, un lino fino resplandeciente y puro, representa “las acciones justas de los santos” (19:8) o “la perfecta justicia de los santos” (V.M.). Esto “se le ha concedido” porque Dios preparó de antemano las buenas obras en las que tenemos que andar mientras estemos en la tierra, y nada puede ser logrado sin las fuerzas que Él da. Sin embargo, también tenemos una responsabilidad. Lo que hemos hecho en la tierra por amor a nuestro Señor no está olvidado. No se trata aquí de la justicia en la cual la obra de Cristo nos colocó ante Dios, sino de la justicia práctica en que vivimos. La vestimenta que llevaremos felizmente en el día de la gloria de Cristo se teje en el tiempo de su rechazo, en medio de las dificultades en la tierra. El pensamiento de que los hilos de este vestido pueden ser tejidos por el fiel andar de los creyentes debería animarnos a vivir en plena devoción para el Señor.

Este vestido nos enseña tres cosas:

1) El lino fino es notablemente regular. Hoy, nuestros motivos no son perfectos y la imperfección siempre se mezcla con nuestra forma de actuar. Pero solo aquello que tiene la aprobación de Dios volverá a encontrarse en el cielo.

2) El vestido es resplandeciente, de una blancura radiante. Si pensamos en la santidad del Señor, podemos entender lo que debe ser el reflejo de su gloria.

3) La pureza de este vestido está estrechamente relacionada con su blancura brillante. Nada recuerda el pecado o la impureza.

El gozo de la esposa no se describe, pero se habla de la felicidad de los que son llamados (v. 9). Si estos son proclamados “bienaventurados”, ¡cuánto mayor debe ser la felicidad de la esposa!

¿Y qué debemos decir del gozo del esposo? Se presenta a sí mismo su esposa a quien amó y por la que se entregó. Es a su esposa que espera hoy, hasta que esté eternamente con Él. Es su esposa, “fruto de la aflicción de su alma”, por la cual, mientras caminaba sobre la tierra, hizo todo.

Lo hallamos en Efesios 5:25-29.

1) En el pasado, “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”,

2) En el presente, la santifica, la purifica, la nutre y la cuida, y

3) En el futuro, se la presentará gloriosa a sí mismo.

Cuando las bodas del Cordero hayan llegado, habrá alcanzado su meta. Se presentará “a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (5:27). Nuestro Señor puede regocijarse porque su esposa estará allí. Se presentará “**a sí mismo**, una iglesia gloriosa”. Se regocijará en la belleza de su esposa. Todo será para su gloria. Entonces, solo será visto en ella la perfección. Será santa e irreprochable. Es con este propósito que Dios nos escogió antes de la fundación del mundo, “para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor” (Efesios 1:4-5).

Un poco más adelante, cuando se le concede a Juan mirar hacia el estado eterno, leemos: “Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido” (Apocalipsis 21:2). Al menos mil años después de las bodas, siempre se ve “como una **esposa** ataviada para su marido”, sin mancha ni arruga, en su frescura inicial.

¡Que la meditación de este refrescante tema nos haga

comprender mejor nuestro glorioso futuro y nos lleve a tener nuestros corazones ocupados de ello! Esto tendrá consecuencias prácticas en nuestra vida. No olvidemos que el vestido que llevaremos un día a la gloria y para el gozo de nuestro Señor se teje en la tierra, en las circunstancias de nuestra vida.

E.A. Bremicker

Una roca espiritual

(1 Corintios 10:1-13)

Pregunta

Este pasaje nos habla de un alimento espiritual, de una bebida espiritual y de una roca espiritual. ¿Cuál es el sentido del adjetivo? ¿No era todo esto material?

Respuesta

Notemos primeramente la frecuencia del adjetivo “espiritual” en esta epístola a los Corintios: se usa para las explicaciones en el capítulo 2 (v. 13, V.M.), para los dones en el capítulo 12 (v. 1), para

los dones en el capítulo 14 (v. 1) y para la resurrección del cuerpo en el capítulo 15 (v. 44). Efectivamente, Dios nos habla en este libro del funcionamiento concreto de la iglesia, pero no desea que nos quedemos en los aspectos materiales o externos. Desea que discernamos lo que el Espíritu nos comunica, el cual dirige y coordina todo en la iglesia. Por el Espíritu podemos conocer el significado espiritual de lo que Dios nos dice.

El maná, el agua, la roca eran materiales, tangibles, pero podemos, y debemos, sacar de los relatos que los mencionan, así como de toda la Escritura, una enseñanza espiritual para los tiempos actuales (véase v. 6, 11).

El maná es la figura del verdadero pan del cielo, del pan de vida, es decir del Señor (Juan 6:32, 48). Responde siempre a las necesidades de nuestras almas; Él, quien es el alimento del creyente en su andar aquí en la tierra.

El agua es la Palabra que da vida, que hace crecer, y que lava (Juan 3:5; Efesios 5:26).

La roca, tan a menudo mencionada en la Escritura, es espiritualmente siempre lo mismo, ya sea en Horeb (Éxodo 17), al principio del trayecto, ya sea en Cades (Números 20), cerca del final del viaje; y en este sentido, la roca les sigue. Simboliza a Cristo (1 Corintios

10:4), firme apoyo siempre presente, fuente de todas nuestras bendiciones.

Este pasaje nos ayuda a comprender cómo hemos de leer la Palabra: Dios habla “enteramente para nosotros” (9:10). Nos enseña cómo se puede estar externamente cercano a Dios, sin entrar en la realidad de lo que quiere darnos o comunicarnos. Aquí hay un llamamiento a nuestra responsabilidad. ¡Qué grave sería ocuparse de la Escritura, sin recibir la enseñanza espiritual que ella nos da, sin sacar las consecuencias en nuestras vidas!

F. Koechlin

El don del Espíritu Santo

Hechos 1:1-14

Nos encontramos aquí en un nuevo terreno, el de la resurrección del Señor Jesús. Permaneció con sus discípulos durante cuarenta días después de su resurrección dándoles muchas pruebas de que Él era el que habían conocido, que había sido crucificado, pero que había salido victorioso del sepulcro.

Durante todo el tiempo que pasó con sus discípulos después de su resurrección, grabó en sus corazones la convicción de que era el mismo quien había estado con ellos en la tierra durante tres años y medio antes de entrar en esta vida de resurrección, vida indestructible, la cual también tenemos en Él, aunque todavía estemos en nuestros cuerpos mortales. La redención de nuestros cuerpos vendrá pronto también, pero en cuanto a nuestras almas, ya estamos en el terreno de la resurrección.

En Juan 14, cuando el Señor Jesús estaba a punto de dejar a sus discípulos, sus corazones se turbaron, porque si les faltaba Él, todo les faltaría; y, además, Jesús les había dicho que Pedro lo negaría y que Judas lo traicionaría. ¡No tenemos idea de la tristeza que debe haber llenado sus corazones en esos momentos! Entonces la ternura y el amor del Señor Jesús no pueden dejarlos sin un precioso consuelo. Les da la promesa de su regreso y de la venida del “Conso-lador”.

Encontramos aún una tercera cosa en Juan 17. El Señor Jesús en su oración al Padre pone a sus discípulos en sus manos paternas, pero eso no solo concierne a los apóstoles: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre”, sino a nosotros también: “Mas no ruego solamente

por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” (v. 11, 20). Esta oración del Señor Jesús es, por lo tanto, también para nosotros, ¡y qué preciosa es!

Al comienzo del libro de los Hechos, el Señor Jesús está a punto de dejar a los suyos pero no se separa de ellos sin recordarles las dos primeras promesas de las que acabamos de hablar: el descenso del Espíritu Santo y su próximo regreso.

La mente de los apóstoles todavía estaba inclinada a las cosas terrenales. Solo veían en Jesús a Aquel que establecería su reinado sobre Israel, porque aún no habían recibido el Espíritu Santo. Después de haber bajado del cielo el Espíritu Santo, dirige sus miradas y pensamientos al cielo. Solo en un tiempo futuro aparecerá en gloria el Señor Jesús y luego el remanente lo reconocerá y llorará como se llora por hijo unigénito (Zacarías 12:10).

Vemos en Hechos 1:8 al Señor Jesús que les renueva la promesa de la venida del Espíritu Santo. Hasta entonces, los apóstoles hacían muy bien en pedir esta promesa, era legítimo hacerlo, porque había sido prometido. “¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lucas 11:13). “Pero”, dice Jesús, “cuando venga el

Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26). Pero después que lo prometido ha sido dado, ¿se requiere todavía pedirlo? Ciertamente no!

La venida del Espíritu Santo tuvo lugar en Hechos capítulo 2, el día de Pentecostés, y él está para siempre con los creyentes (Juan 14:16).

Un hecho importante en nuestro capítulo es la ascensión del Señor Jesús. Ese mismo Jesús que había encontrado a la mujer pecadora en la casa de Simón, que había salvado a la pobre mujer samaritana en el pozo de Sicar, ese mismo Jesús que había estado en la cruz al lado del ladrón, ahora lo vemos resucitado después de haber vencido a Satanás y la muerte. Tenía el mismo corazón, el mismo amor que cuando estaba en medio de sus discípulos antes de su resurrección. Él es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos: ¡en su vida en la tierra, en el cielo, en la presencia del Padre y por la eternidad! ¡Qué precioso es!

Cuando Jesús termina de hablar con sus discípulos, el poder de Dios lo alza al cielo desde donde había descendido para sentarlo a la diestra de la Majestad. Él está allá ahora, coronado de gloria y de honra, no solo como Hijo de Dios,

sino también como Hijo del Hombre.

En Lucas 24:50-53, vemos los últimos momentos del Señor con sus discípulos y la forma en que los deja. Bendiciéndolos, se separa de ellos para ser llevado arriba a su Dios y Padre, en una actitud que expresa lo que había en su corazón, en su afecto por ellos. La última visión que tienen de Él es la de un Salvador que los bendice; por lo tanto el efecto producido en sus corazones es adoración y gran gozo. El Señor les había dado la promesa de su regreso y del descenso del Espíritu Santo, y había alzado sus manos para bendecirlos. ¿Cómo reaccionan los discípulos? “Estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios” (v. 53).

En Hechos 2 vemos el fruto de la ascensión del Señor Jesús. Él envía el Espíritu Santo prometido.

Dios no podía sellar con su Espíritu almas manchadas por el pecado, no puede enviar su Espíritu hasta que la obra de la redención sea completa y Cristo sea elevado en gloria. Entonces Dios envía y sella con su Espíritu a los redimidos del Señor, los que habían creído.

Quizá se dirá, el Espíritu Santo que descendió el día de Pentecostés hizo que estas lenguas hablaran y realizó milagros, pero no vemos que sea lo mismo para

nosotros hoy. Lea Efesios 1:13-15. El Espíritu Santo **actúa** primero para atraer almas al Señor y convertirlas, luego viene a sellar a aquellos que han creído y morar en ellos. Primero **oímos** la Palabra de verdad; no es la palabra de juicio y de condenación, sino “el evangelio de vuestra salvación”, la buena nueva que Jesús nos salvó. Pero no se trata solo de oír el Evangelio de salvación, esta Palabra fiel y digna de ser recibida por todos... también esta escrito, “habiendo **creído** en él”. Ah! este es el punto importante; si Dios dice que es palabra fiel, **debo sellar** la verdad de Dios, y creer lo que dice.

¿Qué pasa entonces? Dios **pone su sello** sobre mí: “Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”. Este Espíritu de la promesa no solo vino sobre los apóstoles el día de Pentecostés, sino también sobre los efesios (Efesios 1:16). El Espíritu Santo moraba en los creyentes de Éfeso, y es lo mismo para nosotros ahora, Dios pone su sello sobre nosotros. ¿Cuáles son las consecuencias?

El Espíritu Santo es considerado como morando en mi cuerpo, su templo (1 Corintios 6:19). ¿No es solemne saber que somos templo del Espíritu Santo, un lugar santificado por Dios? por eso se dice en Efesios 4:30: “No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual

fuisteis sellados para el día de la redención”.

Cada vez que actuamos mal, ya sea en pensamiento, palabra o acción, contristamos al Espíritu Santo.

Encontramos otra consecuencia en Romanos 8:15-16: “Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”.

Por el Espíritu Santo de Dios, el amor de Dios se derrama en nuestros corazones. Nos hace conocer el amor que Dios tiene por nosotros, el amor que ha demostrado al dar a su Hijo. No hay temor en el perfecto amor. Hemos recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba Padre; es el Espíritu en los hijos que conocen a su Padre con la certeza de su adopción.

Hay algo más en el **don** del Espíritu Santo, él es el Consolador que Dios nos dio durante la ausencia de Jesús. Dirige nuestros pensamientos y afectos hacia Él en el cielo. “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” (Juan 16:13).

Tenemos una guía en medio de toda la agitación de este mundo: La Palabra de Dios. Y tenemos el

Espíritu para hacémosla entender y guiarnos a toda la verdad. “No hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”. Nos muestra lo que sucederá con este pobre mundo y cuál será nuestra porción: la gloria con Jesús. “Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (v. 14). Nos habla de la gloria de Cristo, de lo que es y de lo que está haciendo por nosotros ahora, y dirige nuestros pensamientos hacia Cristo en gloria. Él pone continuamente delante de nuestros ojos la gloria de Cristo. ¿Queremos ser como Cristo en nuestro andar aquí? Por el poder del Espíritu Santo podemos serlo. Tenemos que ser carta de Cristo, conocida y leída por todos los hombres. Esteban era una carta de Cristo y fue transformado en la misma imagen al contemplarlo (Hechos 7:55).

También tenemos una figura de eso en Rebeca. Ella había dicho: “Sí, iré” con este varón, y mientras cruzaba el desierto, Eliezer le hizo conocer a Isaac y todas las riquezas del heredero, de modo que Rebeca ya conocía a Isaac cuando le es presentada. Es lo mismo para nosotros ahora. El Espíritu Santo toma las cosas de Cristo y nos las da a conocer.

Una última cosa: hemos visto al **Espíritu Santo morando**

en nosotros, luego el Espíritu de **adopción** que nos establece en la posición de hijos delante de nuestro Padre, como el **Consolador** quien toma las cosas de Cristo para hacérselas conocer; y también tenemos el hecho de que el **Espíritu Santo nos une a Cristo** en el cielo; existe una unión íntima entre este precioso Salvador en la gloria y nosotros. “El que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Corintios 6:17).

Por lo tanto, existe esta unión individual del creyente con Cristo por el Espíritu, y lo maravilloso es que todos los creyentes juntos forman el cuerpo de Cristo por el Espíritu. Hay “un cuerpo, y un Espíritu”, y “somos miembros los unos de los otros” (Efesios 4:4, 25; 1 Corintios 12:20, 27). Pablo ya había vislumbrado esta verdad cuando fue detenido en el camino a Damasco. El poder del Señor Jesús lo había derrotado y le había revelado que al perseguir al más pequeño de los cristianos, estaba persiguiéndolo a Él mismo. ¡Cuán queridos somos para Él, siendo miembros de su cuerpo! ¿Pero dónde está la cabeza de este cuerpo? En el cielo. La cabeza es celestial y ¿podrían los miembros ser de otra naturaleza? No, un cristiano es del cielo porque su cabeza es del cielo. Él está sentado “en los lugares celestiales con Cristo Jesús” y tiene que manifestar la vida de Cristo aquí

abajo; es el privilegio precioso de aquel que, por fe, recibió al Señor Jesús. Pero el Espíritu Santo no actúa solo en el individuo, sino también en el cuerpo que es la Iglesia. Recordemos que nuestro precioso Salvador fue llevado arriba al cielo hacia su Padre y que su corazón no ha cambiado. También ha enviado al Espíritu Santo a morar en nosotros; ya no tenemos que pedirlo; pero cuidemos de que el Espíritu Santo no sea contristado por nuestra conducta.

En el disfrute de estas cosas, recordemos que pertenecemos al Señor y que tenemos que andar en esta tierra con él y para él.

A. Ladrière

Debilidades y tentaciones

“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16).

Necesitamos el socorro y la simpatía de nuestro gran sumo sacerdote, Jesús (v. 14), primeramente a causa de nuestras debilidades y luego a causa de las

tentaciones que encontramos. Las debilidades son inherentes a nuestro cuerpo natural. La debilidad no es el pecado, aunque pueda llevarnos a pecar. El creyente está sometido a dos formas de tentaciones, las que vienen del exterior y aquellas que vienen del interior causadas por la carne (del pecado) en nosotros.

El apóstol Santiago nos presenta estas dos formas de tentaciones. Dice primero: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas” (Santiago 1:2). Luego habla de una tentación de carácter diferente cuando dice: “Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido” (v. 14). Es la tentación del pecado interior.

En el pasaje de Hebreos 4, la primera forma de tentación nos es presentada, la tentación de desviarse del sendero de la obediencia a la Palabra de Dios, del camino que lleva al descanso de Dios. Además, el diablo intentará servirse de las debilidades del cuerpo para tentarnos y desviarnos, exactamente como intentó aprovecharse del hambre para desviar al Señor del camino de la obediencia a Dios. Para esta forma de tentación, tenemos la simpatía del Señor, porque Él mismo fue tentado “en todo según nuestra semejanza”, pero es añadido: “sin pecado” (v. 15). El Señor Jesús no

conoció la segunda forma de tentación, porque “no hay pecado en él” (1 Juan 3:5).

En presencia de estas debilidades y tentaciones, tenemos un recurso. Cualesquiera que sean las dificultades que encontremos, cualquiera que sea la intensidad de nuestras pruebas y tentaciones, cualquier cosa que pueda suceder, la gracia nos ayudará a enfrentarlas. El trono de la gracia nos es accesible. Somos exhortados a acercarnos a él, es decir acercarnos a Dios mismo. Entonces encontraremos misericordia, no porque hayamos caído, sino para que no caigamos en la prueba. Aquí, el momento “oportuno” no es el de la caída, sino el de las pruebas y tentaciones que podrían hacernos caer.

H. Smith

Jesús dijo: Venid en pos de mí,
y haré que seáis pescadores de
hombres.

Marcos 1:17

Gocémonos y alegrémonos y
démosle gloria; porque han llegado
las bodas del Cordero, y su esposa
se ha preparado. Y a ella se le ha
concedido que se vista de lino fino,
limpio y resplandeciente; porque el
lino fino es las acciones justas de
los santos.

Apocalipsis 19:7-8

Todos bebieron la misma bebi-
da espiritual; porque bebían de la
roca espiritual que los seguía, y la
roca era Cristo.

1 Corintios 10:4

Juan ciertamente bautizó con
agua, mas vosotros seréis bautiza-
dos con el Espíritu Santo dentro de
no muchos días.

Hechos 1:5

Acerquémonos, pues, confiada-
mente al trono de la gracia, para al-
canzar misericordia y hallar gracia
para el oportuno socorro.

Hebreos 4:16

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los dieciocho **volúmenes** encuadernados de la revista Creced, correspondientes a los años 1984-85, 1986-87, 1988-89, 1990-91, 1992-93, 1994-95, 1996-97, 1998-99, 2000-01, 2002-03, 2004-05, 2006-07, 2008-09, 2010-11, 2012-13, 2014-15, 2016-17 y 2018-19. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 9 \$ EE. UU. 8 EUR 9 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago: América latina: se ruega incluir el pago junto a su pedido, y que este sea solo por medio de billetes en \$ de EE.UU. Europa: podrán abonar mediante giro postal internacional, con billetes en su moneda nacional.

– PayPal: Tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch.

– Western Unión: a nombre de Jacques Perron, 46 route de Suisse, 1290 Versoix (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es **importante** que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

Comité de redacción: J. Perron (responsable), J.-P. Cuendet, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
